

partidas que pueden verse todos los días en París y en los casinos del mundo entero.

Ya se sabe que al *bacarrat* el banquero juega contra todo el mundo.

Banca abierta quiere decir que los jugadores pueden poner sobre el tapete la cantidad que quieran.

El marqués de Causседé había dicho la verdad; nunca jugaba.

Apenas si algunas veces, por distracción, apuntaba unos cuantos lises; ¡una bagatela!, pero en cambio observaba con atención.

El barón Mosés se había sentado enfrente del *grupiér*.

El tapete verde estaba cubierto de oro, billetes y talones que representaban la fortuna de diez familias.

Durante una hora, la batalla fué encarnizada.

El ejército de los jugadores atacaba con ensañamiento al enorme baluarte que tenía á su frente, pero en el juego como en la guerra, la fortuna se decide muy á menudo por las tropas más numerosas.

Las ganancias del banquero iban aumentando de instante en instante y llegaron á ser formidables.

Sin embargo, Causседé observaba con asombro la irritación creciente del Barón.

Indiferente á la ganancia como á la pérdida, manejaba las cartas con verdadera fiebre. A cada momento consultaba su reloj y lanzaba rápidas miradas á la

puerta como si esperase algún aviso muy interesante.

A las once, por fin, lanzó un suspiro de satisfacción.

Un criado se acercó á él y le dijo al oído estas palabras:

El ayuda de cámara del señor barón desea verle.

—Está bien—contestó, mientras su rostro se contraía con una diabólica sonrisa.

Y abandonando la enorme suma que tenía delante, se volvió bruscamente á Causседé que permanecía de pie detrás de él.

—Hágame el favor de continuar por mí. Crédito ilimitado hasta que vuelva; ganando de este modo no me es posible abandonar el juego; eso sería indecente.

Causседé no pudo rehusar.

Tomó asiento en el sitio aun caliente del barón, mientras pensaba:

—¡Buena me la has jugado, pero te aseguro que tendré mi revancha!

El barón Mosés ganó rápidamente el vestíbulo, donde encontró á Próspero que le dijo en voz baja:

—Asunto concluido; la encontrará usted en casa, dormida.

VIII

¡Mancillada!

El normando pronunció aquellas frases execrables con insana alegría, con una

sonrisa de triunfo, que comunicó á su rostro siniestro satánicos resplandores.

Había ejecutado su encargo con escrupulosidad, podía decir que había ganado su dinero.

Allí estaba, en efecto, la desdichada joven, á merced de aquel odioso sátiro, que nada había podido lograr hasta entonces con promesas ni halagos. Próspero Lagrippe había sabido coger por los cabellos la ocasión esperada. Los dos hombres se pusieron en marcha apresuradamente por las desiertas avenidas del Casino.

Las pocas casas que se encontraban emboscadas entre los jardines del camino, estaban entonces apagadas y silenciosas.

Únicamente algunos mecheros de gas extendían su luz de trecho en trecho. Amo y criado llegaron silenciosamente á los jardines del hotel.

Estos jardines ocupaban un gran espacio entre la avenida del Casino y la alameda de la Pique.

Entre macizos de flores, bosquecillos de arbustos y grupos de tilos y plátanos se destacaba la blanca fachada del hotel, iluminada en pleno por la serena claridad de la luna.

El hotel parecía dormir en medio de aquella inmensa serenidad. Solamente una pálida luz se filtraba apenas entre las persianas de una habitación del primer piso.

El barón ponía el pie en el primer peldaño de la escalinata, cuando se detuvo preguntando:

—¿Se ha hecho todo lo que he mandado?

—El señor barón puede estar tranquilo.

—¿La casa está vacía?

Completamente. Todos los criados están cenando en el café Arnativo; á estas horas deben estar fuera de combate lo menos la mitad. ¡Orgia completa!

—Y el carruaje, ¿espera?

Un ligero ruido de cascabeles que se dejó oír débilmente hacia la alameda de la Pique, dejó satisfecho al barón.

—¿Y... Benedetta? ¿De qué medio te has valido para traerla?

—Pues de la manera más sencilla del mundo. Tenían una pequeña fiesta en casa de los Soubére. El guía, ya sabe el señor quien digo... ese joven...

—Sí, sí.

—Juan Dantenac estaba allí. Me parece que había ido á pedir la novia oficialmente. Pues bien; á las diez, cuando terminaron, la muchacha se fué acompañando á su futuro hasta muy lejos; el guía llevaba el caballo de la brida y á su futura por el talle. Luego, naturalmente ella tuvo que volver sola; pues entonces, en la oscuridad, la sorprendimos, y antes de que pudiera darse cuenta, ya estaba en el coche, vendada. No ha podido dar un grito ni comprender cómo ni quién ha sido. Luego la he dormido, ya sabe el señor barón, á medias, de modo que no la

pueda quedar duda ni del sitio en que está, ni de lo que la ha pasado; únicamente que será necesario darse prisa, porque antes de media hora se la habrá pasado el efecto del narcótico.

—Bien.

—Luego la dejaremos en el sitio en que la hemos encontrado, y podrá figurarse por el momento que ha sido juguete de un sueño.

—Basta—dijo el barón subiendo rápidamente los escalones restantes y desapareciendo en el vestíbulo, mientras el fiel Próspero quedaba á la puerta de centinela.

El miserable había dicho la verdad.

Había ejecutado su odiosa comisión con extraordinaria inteligencia, aprovechando en favor suyo la casualidad, que rige tantas veces los destinos humanos, ó bien llamémosla el destino, ó la fatalidad, como decían en antiguos tiempos.

Cuando el barón penetró en su dormitorio, un espectáculo inolvidable se presentó delante de sus ojos.

Sobre un lecho bajo y ancho, inmenso, cubierto de una pesada y oscura colcha de seda brochada, se encontraba tendida una joven inanimada.

El viejo se fué aproximando de puntillas.

Benedetta, pequeña y como perdida en aquella inmensidad, con la cabeza desnuda, los cabellos en desorden y el rostro sin el pañuelo que hasta entonces

había cubierto sus ojos, reposaba, blanca como la acera, adormecida por ese temible descubrimiento de la ciencia moderna que se llama el cloroformo.

Hubiera podido creérsela dormida, á no ser por los tenues, pero acompasados y regulares movimientos de su respiración.

Sus vestidos, casi de campesina, formaban vivo contraste con la elegancia y suntuosidad de aquella morada.

Su pobre vestido de lana de los Pirineos, flexible y suave, se plegaba, mostrándolas, á sus formas juveniles y delicadas y de una exquisita pureza de líneas.

El barón Mosés permaneció un momento perplejo, vacilante, lleno de remordimientos, contemplando aquel cuerpo cuya inmovilidad semejaba la muerte.

Indeciso todavía, se inclinó sobre el rostro de la hermosa dormida, y percibió algo como un quejido que se escapaba de los labios de la joven.

Después de algunos esfuerzos, murmuró un nombre que el Barón pudo comprender distintamente:

«¡Juan!»

¡Juan Dantenac, su cariño, su prometido!

Le llamaba como si tuviera conciencia del peligro que corría, é imploraba su socorro.

Al mismo tiempo hizo un ligero movimiento y arrancó con sus dedos, crispados

dos, el corchete que sujetaba el vestido por el cuello, que estorbaba su respiración, que empezaba á ser anhelosa.

La blancura de su garganta se dibujó en la sombra y los ojos del barón brillaron de impuro deseo como los viejos al descubrir á la casta Susana dentro del baño.

Todo lo olvidó; sus escrúpulos desaparecieron.

Allí la tenía á su disposición; su belleza le fascinaba y se prometió que había de ser suya, no por un instante, sino para siempre. El único medio de obtenerla, de someterla, de domarla, en una palabra, era... cogerla.

Cogió con cuidado una de sus blancas manos y experimentó como un choque eléctrico. La suerte estaba echada.

En aquella inmensa habitación, llena de sombras, se escuchó ligero ruido como de ropas removidas, de crugiente seda, luego, á poco, un gemido hondo, desgarrador, lastimero, algo semejante al grito de un niño que en medio de un sueño pavoroso se ve sorprendido por un fantasma aterrador que va á aniquilarle, que le devora...

Y esto fué todo; algunos instantes después el barón Mosés se espantaba de su propio rostro delante de un espejo y arreglaba un poco sus desordenados cabellos.

Era verdaderamente horrible, su faz livida y repugnante como el hocico de una bestia salvaje que mostrara entre sus fau-

ces los desgarrados restos de la presa recién devorada.

El barón trató de serenarse.

Iba él, por ventura, á tener miedo después que el crimen estaba consumado.

Miedo, ¿de qué?

Desde aquel instante la joven le pertenecía, y ya sabía el apoderarse por completo de aquel viviente tesoro, que había empezado á poseer.

Volvió á aproximarse al lecho y se inclinó sobre el dulce rostro que había tomado una expresión de indecible disgusto.

Todavía dormía Benedetta; pero estaba próxima á despertarse.

El monstruo aproximó sus labios á los de su víctima murmurando:

—Quieras ó no, ¡por fuerza has de ser mía!

De pronto se incorporó sobresaltado y dió un paso atrás.

Los ojos de Benedetta estaban abiertos y le miraban fijamente, sin expresión, asombrados de aquella escena fantástica de la que la joven nada podía comprender.

El malvado echó á correr sin atreverse á mirar atrás.

Sus pasos no hicieron ningun ruido, amortiguados por el espesor de la alfombra.

La puerta se cerró detrás de él, bajó rápidamente la suntuosa escalera á riesgo de caerse y al atravesar el vestíbulo,

todavía corriendo, encontró á Lagrippe, á quien dijo esta sola palabra:

—¡A escape!

Y siguió corriendo á través de los jardines, completamente trastornado.

El cielo se había encapotado y la noche estaba muy fría.

La luna se ocultaba detrás de las cimas de Cazaril.

El aire fresco devolvió al barón la tranquilidad poco á poco.

Distinguió los resplandores del Casino, que de lejos semejaban un incendio: en Luchón no había más casa abierta á esas horas, que aquella casa del placer y del vicio.

El viejo se tranquilizó diciendo que apenas acababa de salir, que debía haber sido víctima de una alucinación, que no era posible que la joven le hubiera reconocido en la oscuridad, y por último, que allí estaba su cómplice para reparar el mal.

Entró, tratando de recobrar su aplomo, en la sala de juego, donde la partida seguía á través de varios incidentes.

Pero el montón de oro, de talones y de billetes, permanecía siempre delante de Caussedé, inmenso, vertiginoso.

El Marqués se levantó, miró fijamente al barón Mosés, y le dijo:

—Dejo á usted su sitio.

Y desapareció á su vez para volver pocos momentos después.

A las cuatro de la mañana el banquero

estaba todavía en su sitio dispuesto á proseguir la partida.

La suerte había cambiado; el barón había perdido enormes sumas con pasmosa tranquilidad.

Todo aquello era para él una miseria.

Se repetía, mientras tiraba las cartas con indiferencia á derecha é izquierda con la obstinación de su loca pasión.

—¡Ya es mía! ¡ya es mía!

Nada tenía que temer. Bien sabemos por qué.

Sin embargo, no contaba con la verdadera justicia, ¡la justicia de Dios!

A pesar de las precauciones tomadas, el crimen había tenido un testigo.

El marqués Huberto de Caussedé estaba sobre aviso.

Cuando salió á la casualidad, se dirigió hacia la alameda de la Pique, atraído por el ruido de un carruaje.

Entonces, entre las sombras, pudo ver una mujer inerte entre los brazos de un hombre, Lagrippe; luego vió abrir la portezuela, y el criado se instaló con su preciosa carga dentro del coche, que en seguida salió, marchando al trote.

X

¡Triste y sola!

El normando, al observar el aturdimiento de su amo, se conformó con encogerse de hombros.

La turbación del viejo criminal no le inspiraba más que una desdenosa piedad. Abandonó el diván, sobre el que se hallaba perezosamente tendido, y subió la escalera en sentido inverso.

Si por acaso hubiera concebido algunos temores, se le hubieran disipado á la vista del sitio del crimen.

Benedetta no había abandonado su posición.

Estaba como antes, extendida sobre el inmenso lecho, los brazos muertos y la cara medio vuelta, con la frente cubierta por los cabellos desordenados.

Sus ojos estaban cerrados.

Todavía parecía dormir, pero con sueño poco seguro y que no había de ser de larga duración.

Sus labios se agitaron, como si trataran de escapar á odiosas caricias, ó rechazaran una amarga medicina.

Bien pronto empezó á quejarse como si sufriera un acceso de fiebre.

Levantó el brazo y con sus dedos crispados se sujetó el pecho; al mismo tiempo repetía el nombre que había arrancado al barón un movimiento de cólera: Juan.

—¡Ah! el novio—murmuró el normando, —llegaría demasiado tarde; ¡ya no podrás coger flores, mi amigo!

Pero no se trataba de perder el tiempo en bagatelas.

Próspero volvió á colocar á la joven el pañuelo sobre los ojos, y sujetándola entre sus robustos brazos, bajó con ella,

atravesó la verja y se dirigió por la alameda de la Pique, en el momento en que los servidores del barón llegaron por el otro lado, repitiendo entre gritos el estribillo de una canción obscena, que hacía fortuna por entónces en los cafés-conciertos.

Benedetta no se movía.

Semejaba un cadáver, inerte, sin fuerza y sin movimiento.

Todavía estaba bajo la influencia del veneno, que la había arrebatado el conocimiento.

No recobró su sentido, hasta que la colocaron sobre los almohadones del coche que la había traído y había de conducir-la de nuevo.

Ya los caballos tomaban el trote largo y seguían el camino de Saint-Beat.

El ayuda de cámara, sentado al lado suyo, tenía entre sus manos una de las manos heladas de la joven.

Esta escuchó entre las nebulosidades de su pensamiento, que apenas acababa de recobrar, una voz breve que la mandó callar.

¿Qué podía hacer la desgraciada?

No contestó, y durante todo el trayecto no volvió á oír otra palabra.

A la una de la mañana, el carruaje se encontró en el mismo sitio donde había sido arrebatada la hija del capitán Soubère.

Hipnotizada por el espanto, la pobre niña estaba recogida sobre sí misma en

un ángulo del coche, achicándose cuanto era posible para evitar un odioso contacto, y tiritando, más de espanto que de frío.

Pudo oír al cochero que, inclinándose, decía á su compañero:

—Aquí es.

Y el otro contestó:

—Bueno, pues para.

Arros obedeció, y el carruaje se detuvo.

En seguida se abrió la portezuela, penetrando en el coche una niebla fría, y al mismo tiempo sintió la joven que dos brazos vigorosos la levantaban por el talle y la depositaban sobre un talud del camino.

—Oye, y acuérdate—dijo la misma voz de antes:—¡Si hablas alguna vez de lo ocurrido esta noche, tú y los tuyos tendrás de qué arrepentiros!

Y la ruda voz añadió esta orden, que ya había escuchado al salir de Luchón.

—¡Silencio!

La desdichada joven no respondió.

Sentía, en la noche tenebrosa, que la venda que tapaba sus ojos desaparecía, y enseguida el coche que la había conducido, salió marchando deprisa sin que pudiera darse cuenta de su forma ni su naturaleza, pues llevaba apagadas las luces.

Permaneció algunos minutos sobre el talud donde la había depositado el ayuda de cámara, escuchando el ruido del ca-

rruaje que bien pronto se extinguió á lo lejos.

Solamente entonces cobró algun valor, y trató de reconocer el sitio en que se encontraba.

Poco á poco fué volviéndola la razón, y con ella su inteligencia, su memoria.

A pesar de la obscuridad distinguió los grandes árboles, bajo los cuales llegaba en el momento de ser sorprendida.

Recordó al hombre que la había cerrado el camino, su estatura desmesurada, la violencia con que había apagado sus gritos, el carruaje en que había sido encerrada y los caballos que la conducían á todo galope.

Más tarde, al llegar al sitio donde la conducían, Luchón sin duda, se había dormido, ó mejor dicho había perdido el conocimiento, por la influencia de una droga de olor intenso cuyo recuerdo aun la sobresaltaba el corazón.

A contar desde este instante, ya no sabía lo que la había pasado.

¿Dónde la habían conducido? ¿Qué era lo que habían hecho con ella?

A estas preguntas no podía contestar.

Recordaba confusamente una visión de lujoso palacio, una especie de sueño fantástico durante el cual se había despertado un instante para volver á dormir enseguida, y en aquel momento recordaba un hombre apenas visto, odioso, espantable, que murmuraba en su oído:

—¡Has de ser mia, sí, por siempre!

Esto era todo.

En el fondo, la creencia que en ella dominaba era que alguien, muy poderoso, tenía su destino en sus manos, y que tendría que inclinarse forzosamente ante él.

¿Quién era?... ¿El barón Mosés?... ¡Quizá!

Nada había para fijarse en este nombre más que en otro cualquiera, y sin embargo, aquel nombre se imponía, acudía á sus labios invenciblemente.

Era preciso tratar de volver á la casa. Tenía todavía que recorrer algunos centenares de metros.

Trató de reunir su valor y se dirigió á la pequeña aldea, silenciosa entonces como un cementerio.

Cuando caminaba lentamente por las sendas que había preferido seguir, para evitar el paso cerca de las casas, se preguntaba con espanto lo que diría á su hermana Marieta, que debía estar esperándola, muy inquieta por su tardanza.

La faz severa de la tía Julia la causaba también indecible preocupación.

¿Cómo explicar aquellas horas transcurridas?

Por bondad, por pudor también, pero sobre todo, por evitar un disgusto á su hermana y á su tía, se decidió á mentir.

Diría que se había encontrado mal á la vuelta de Guran, hasta donde había llegado acompañando á su futuro; que había estado sin conocimiento no sabía cuánto tiempo bajo los grandes álamos

de Gaud, donde los miserables que la habían arrebatado acababan de depositarla.

En su sencillez, se felicitaba por haber imaginado esta historia, que acercándose tanto á la verdad, tranquilizaría por completo á los suyos.

Aceleró el paso y no tardó en llegar al arrabal de Astos, muy cerca de su casa.

La linda casita dormía tranquilamente, rodeada como las casas de Marignac de un recinto de verdura.

No se veía luz en la cocina, de lo que quedó asombrada Benedetta.

¡No la esperaban! Esto era un milagro, pues ordinariamente la tía Julia no se retiraba á su departamento, sin estar segura de que las dos jóvenes estaban acostadas.

Sin duda la tía había salido á buscarla.

Benedetta abrió la empalizada sin hacer ruido y pudo convencerse de que nadie había en el jardín.

Avanzó algunos pasos más y tuvo ocasión de asombrarse nuevamente.

La puerta de la habitación estaba abierta.

En el fondo del vestíbulo sobre el primer peldaño de la escalera, agonizaba una delgada bugía colocada en una palmaria de latón.

La pobre joven se apoderó de ella y subió á su cuarto de puntillas.

Para llegar hasta allí era preciso pasar por delante del cuarto de Marieta.

Marieta debía esperarla, pero la fatiga la había vencido y dormía profundamente.

Nada tenía que temer en aquel pueblo, donde los malhechores de todas clases, tanto los ladrones de honras como los de riquezas, eran tan desconocidos como en el paraíso terrenal, y en su confianza dormía con las puertas abiertas de par en par.

Benedetta avanzó con precaución y con la suavidad con que una mariposa se coloca sobre los pétalos de un lirio, rozó con sus labios manchados por los besos infames del barón los negros cabellos de Marieta.

Esta ni siquiera se apercibió.

Algunos momentos después la desventurada joven estaba en su lecho, postrada ante una pequeña virgen de mármol colocada sobre una elegante consola, regalo ambas cosas de Rabastoul á su amiguita, que era también su ahijada, y con los ojos llenos de lágrimas imploraba á la eterna dispensadora de la gracia, diciendo:

—¡Santa Virgen, tened piedad de mí, tened piedad de nosotros!

Y viendo á través de sus modestas cortinillas de muselina el pabellón donde descansaba la hermana del capitán, pensaba:

—¡Pobre tía Julia, si ella llegara á saber!...

¡Pero nada sabría! ¡ignoraría por siempre las miserias de aquella noche maldita!

Así lo esperaba Benedetta.

¿No había venido en su ayuda la Providencia de que sin cesar hablaba el cura

de Marignac, el padre Artigues, al disponer que todos estuvieran descansando aquella noche?

—¡Por grande que fuera su desgracia, los demás la ignorarían, ella sola pasaría las terribles amarguras que la esperaban!

Así al menos lo pensaba; sin embargo, no estaba en lo cierto.

El odioso atentado de que había sido víctima debía repercutir sobre ella, sobre sus seres más queridos y sobre sus execrables autores.

X

Reales esplendores.

Algunas semanas después, el diez de setiembre, una abigarrada aunque lujosa multitud invadía el castillo de Plessis-Mortcerf, una de las más suntuosas residencias de los alrededores de París.

Su riquísimo propietario acababa de inaugurar la caza de sus inmensos cotos, en numerosa compañía.

Al día siguiente pudo leerse en los periódicos mundanos la noticia concebida en estos términos.

«Ayer, gran recepción en Plessis-Mortcerf.

»Todo el mundo sabe que este riquísimo dominio pertenece al barón Isaac Moisés, que le ha restaurado, embellecido y aumentado considerablemente.

»Nunca, ni aún en los mejores días de